

## VIERNES SANTO

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat  
21 de marzo de 2008

*Mirarán al que atravesaron.* Este texto profético con el cual el evangelio de san Juan explica el sentido del costado abierto de Jesús, continúa siendo una realidad en nuestros días. *Mirarán al que atravesaron.* Creyentes o no, son muchísimos los que lo miran y se interrogan. Lo miran interrogándose sobre su identidad. Lo miran para preguntar la causa de sus heridas, para compadecerlo, para preguntarle cómo es que, si era el Hijo de Dios, no pudo escaparse de la pasión y de la cruz. Lo miran para preguntar si hay ninguna relación entre su cuerpo traspasado por los clavos y por la lanza y las torturas, los asesinatos, los genocidios de pueblos, las enfermedades incurables, que continúan haciendo estragos a nuestros días. Lo miran para preguntarse si hay alguna relación entre su sufrimiento físico y moral y el nuestro, entre su muerte y la nuestra.

Sí que hay, hermanos y hermanas. Hay una relación muy profunda, entre *el que atravesaron* y todo el sufrimiento humano. Porque Jesús es Hijo de Dios y al mismo tiempo Hijo del hombre, síntesis por lo tanto de la condición humana. Por eso en su pasión asume todo el dolor y todo el mal de la humanidad. También el nuestro. Lo asume por solidaridad y para vencerlo.

Desde el momento en que Jesús es el hombre verdadero, el hombre perfecto, todo otro ser humano se tiene que medir con él. Y cuando constatamos la gran diferencia que hay entre su actitud y la nuestra, entre su donación generosa y nuestra infidelidad, nos tenemos que dejar restaurar por él, si queremos llegar a nuestra propia autenticidad, *a la medida de Cristo en su plenitud* (Ef 4, 13). Paradójicamente, la cruz nos posibilita llegar a esta medida, a esta *talla*. Por eso hemos de vivir nuestras contradicciones y nuestros dolores en unión con él, sabiendo que si lo hacemos así son camino de vida. Porque la cruz es la hora de la oscuridad más honda para Jesús, es la hora de su abajamiento máximo, de su humillación radical, de su dolor supremo. Pero es, al mismo tiempo, su exaltación como *Rey*, el inicio de la vida nueva para el mundo cuando en la cruz da su Espíritu. Por eso la cruz -que es también para el creyente árbol del consuelo y de la vida, tabla de salvación- está plantada en el centro del mundo, y también justo en medio del corazón humano. Hay que descubrirla para encontrar el sentido pleno de la existencia, para retomar el aliento en el sufrimiento y en la oscuridad del corazón o de la inteligencia, para creer a pesar de tantas desgracias.

*Mirar al que atravesaron* es el misterio del Viernes Santo. La Iglesia quiere que nuestras miradas no se distraigan, que no se dispersen atraídas por tantas solicitudes materiales e intelectuales como se nos presentan. Quiere que, de forma amorosa, centremos nuestra mirada *en el que han atravesado*. Que se la centremos, porque Aquél que murió en la cruz merece ser adorado con un gesto de amor sin reservas. Aquel viernes de la crucifixión, el primer viernes santo de la historia, mientras en el templo de Jerusalén eran sacrificados los corderos para la cena pascual, fuera de la ciudad y a la vista de todo el mundo, moría un hombre, el Hijo de Dios, hecho ejecutar por aquellos que creían que honraban a Dios en el templo. Él era -y es!- el verdadero cordero pascual. En la muerte del cual, Dios se da totalmente a la humanidad por amor, también a los que no son capaces de darse a él. Porque todos vivimos a partir del significado misterioso de esta muerte. Al constarlo quedamos admirados con el aliento contenido y lo agradecemos.

Este don de amor es causa de fecundidad, por eso *del costado* traspasado salió *sangre y agua*, vida para el mundo. Y más en particular, la vida de los cristianos que

proviene del bautismo y de la eucaristía. Este costado abierto del Hijo del hombre, el nuevo Adán, abre el acceso a Dios Padre y hace nacer a la Iglesia. Contemplemos, pues, esta tarde el amor infinito que brota del costado traspasado de Jesús, y acojamos su ofrecimiento a la humanidad de poder entrar, por medio del bautismo y de la eucaristía, en el espacio vital de Jesucristo; es decir, la filiación divina en el ámbito del Espíritu. Cuando miramos a Jesús, y la donación que expresa su *costado traspasado*, ya no podemos quedar centrados en nosotros mismos, tenemos que vivir con intensidad la donación a Dios y la donación a los otros.

Siguiendo la admonición profética, también nosotros seremos invitados dentro de poco a mirar "el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo", *el que atravesaron*. La invitación a mirar la cruz es invitación a mirar al que murió; es invitación a contemplar con la mirada del corazón todo el misterio de vida, de amor y de salvación contenido en la cruz de Jesucristo. Y de esta manera, desde la convicción más profunda, acoger la revelación que nos es hecha en la cruz. Desde este momento la fe cristiana no es otra cosa que decir sí a esta aventura santa de darse hasta el fondo en el amor más auténtico.

Del lugar donde Jesús fracasa hundiéndose en el abismo de la muerte, sale un nuevo comienzo, una vida nueva, porque el crucificado resucitará y no morirá nunca más. De la profundidad de la muerte brota la promesa de la vida eterna. En la cruz, tal como nos quiere hacer entender al evangelista san Juan, brilla ya el esplendor de Pascua. Por eso, llevar la cruz con Jesús es ya vivir siempre bajo la promesa de la alegría pascual (cf. Joseph Ratzinger, *Cinco meditaciones sobre la Pascua*, 1-2).